

Carlos Bardem

Triángulo

AdN

«Es cierto que todos los hombres han tenido
una madre, pero muy pronto se aprende que
para ellos los verdaderos valores
están en otra parte».

CHANTAL AKERMAN, directora de cine.

«Fuera de la mirada maniaca del señor
Humbert no existe la nínfula. Lolita la nínfula
solo existe a través de la obsesión
que destruye a Humbert».

NABOKOV a Bernard Pivot en *Apostrophes*.

«Nuestro mandato es el de los muertos».

FRANCO ante la Hermandad Nacional
de Alféreces Provisionales, en el Cerro de
Garabitas el 27 de mayo de 1962.

Radiales

—¡Pero qué hijos de puta!

No puede ser que empiece así el día. Otro más. El ruido me despierta. Abro los ojos sobresaltado, me saco los inútiles tapones de los oídos y me giro de cara al techo en el lado de la cama en el que duermo, ocupando cada noche una pequeña parte del colchón matrimonial, porque nada perdura más que las ausencias. Palpo en la mesilla, encuentro las gafas y me las pongo. Me levanto cansado, aturdido.

Al insulto que repito entre dientes...

—¡Hijosdeputahijosdeputahijosdelagrandsimaputa!

... le siguen imaginaciones de violencia. Yo saliendo en calzoncillos al rellano, aporreando furioso la puerta del cuarto C, la puerta que se abre, yo golpeando una y otra vez al rumanos, búlgaro o español que dirige a esa caterva de hijos de perra nacidos en muy diversos lugares del orbe pero reunidos en demoníaco concilio, desde hace ya más de tres meses, para despertarme cada día, como gallos mecánicos, con el canto de sierras radiales, taladros y martillos. Me maldigo a mí mismo por la torpeza de acostarme tarde, de leer hasta muy entrada la madrugada, de dejarme llevar por el silencio de la noche para disfrutar.

¿Cómo se me ocurre? ¡Si es que soy gilipollas!, me repito inmisericorde mientras meo a golpes para vaciar bien la ve-

jiga hiperactiva que, desde hace unos años, también atormenta mis sueños. ¡Ellos no fallan, desatan el infierno, siempre puntuales! Y estaba claro que no se iban a detener en verano, que no siguen el calendario escolar, acepto tras mirarme en el espejo, gesticular y alisarme el pelo hasta reconocer al tipo ojeroso, gastado, que me mira. Hace mucho que los espejos se me pusieron en contra. Tras ducharme, las imágenes de violencia extrema contra el encargado y los obreros de la reforma interminable del cuarto C, las fantasías sangrientas de cráneos aplastados por mazos, miembros amputados por radiales, tráqueas hundidas por certeros golpes con el canto de la mano dejan paso a una dolorosa aceptación y a pensamientos más complejos: mi internacionalismo teórico, mi adhesión a la hospitalidad universal kantiana, el amor genérico por la humanidad y la bondad tolstoiana no resisten el roce cotidiano con los otros, sean de aquí o de allá. Lo atávico e instintivo del odio frente a la trabajosa racionalidad de los ideales humanistas. La sustitución de lo biológico por lo tecnológico, que se acelera desde la invención de la máquina de vapor. Mientras me cepillo los dientes, mirando sin ver, con los ojos perdidos, trato de recordar algún otro detalle. ¿Fue en México o en Argentina? Era un congreso de escritores, eso seguro. En mi cabeza resuena una frase que leí en un cartel: «DIOSITO NO TE HACE GUERRA, TODO TE PASA POR FALOPERO». Hace una vida que no me meto una raya. Conocimiento de la realidad latinoamericana y consideraciones morales aparte, no me sentaban bien y me causaban rinitis. Pero esa frase resume a la perfección el papel de las decisiones individuales ante la omnipotencia indiferente de Dios o del mundo. O del capitalismo, que es mundo y Dios a la vez. Sí, porque...

¡BOOM, BOOM, BOOM, BOOM...! ¡PAM, PAM, PAM...!
¡SZZZZZIIIIIIIIIIIIIIIIIIII! ¡IIIRRRRRRRGGG!

... los meses de cacofonía industrial que soporto son consecuencia del triunfo del modelo de sociedad neoliberal, de la mercantilización de un bien básico como la vivienda hasta un punto nunca visto y de la consiguiente gentrificación. En los últimos meses es el piso colindante, el cuarto C, pero empezaron hace más de un año por el segundo A. Tambores lejanos anunciando el apocalipsis próximo, la conversión de viviendas en pisos turísticos previa expulsión de los inquilinos de toda la vida y el deceso de algunas ancianitas, que se extendió por todo el edificio: tercero D, tercero B, luego cuarto A, quinto B y quinto D. El mal fue tomando el inmueble a golpe de subidas de alquileres, inasumibles para la gente normal, estudiantes o jubilados, por fallecimientos y jugosas ofertas a los deudos. En un momento fatídico, mi piso, el cuarto B, la casa en la calle de la Madera que heredé de mi madre al fallecer esta, y que me salvó de la marginalidad, pareció ser la única vivienda que no era picada, martilleada, lijada, taladrada, pulida, prostituida, penetrada, violada en su ajado cuerpo pequeñoburgués, de largos pasillos, balcones, persianas y visillos, que celaban la decencia y los vicios de sus moradores como cinturones de castidad de forja chispera, ahora todas desnudas de tabiquería para instalar imposibles Miamis en el centro de Madrid. La única en la que además de estos ruidos no atornaban corridos, reguetones, guarachas, *rai* magrebí, pop eslavo y... No, nada de copla ni de flamenquito. Está claro que la globalización ha traído mano de obra barata de otros lares y ya no quedan españoles entre los peones. Muchas veces, lo único que oigo en castellano son las órdenes de los jefes de obra; esos sí son de aquí, por como gritan y por la mala hostia que gastan.

Nada perdura más que las ausencias. Sonia. Empezábamos la noche encajados en una cucharita que a ambos nos calmaba. Tranquilos, estamos en casa. Juntos. El horror del mundo

quedó fuera. Pronto yo empezaba a roncar y nos desgajábamos. Yo a un costado. Ella boca arriba, brazos y piernas en cruz, dormía despatarrada en medio del colchón. A Sonia le gustaba el silencio. Se fue mucho antes de los martillazos. Solía leer mientras yo trabajaba. Bajando el libro que leía en el butacón, me sonreía y me decía que estaba guapo cuando escribía.

Hace ya más de dos años que Sonia se largó y sigo durmiendo en un lado de la cama, no por dejarle el resto a ella, no porque piense o desee que vuelva, no. Simplemente porque me acostumbré. Sonia, su ausencia, la más reciente y mi relación más larga —dieciséis años juntos, catorce de convivencia—, ocupa la casa y se suma a las anteriores. Todas mis parejas me sonrieron en algún momento antes de, con más o menos drama, con alivio sincero o pena fingida por parte de ambos, dejarme o dejarlas. Hasta mi madre me sonrió antes de morir.

Sí, pienso mientras enciendo la cafetera, cada vez es más difícil librarse de las ausencias. Se van mezclando.

El sol estalla en luz en la ventana, anunciando otro día de calor infernal.

La edad, cosas de tener ya mucho más por detrás que por delante.

Eso y que nada, nunca, nos prepara para la pérdida, el duelo y los pegajosos espectros.

Un fantasma recorre el mundo. Va a lomos de mentiras, guerras, violencias antiguas y nuevas. De algoritmos. Feroz, sonríe como un agujero negro que puede tragarse estrellas: las distopías se vuelven realidad por la sencilla razón de que la gente quiere que se hagan realidad.

Lo explícito mata la imaginación. Sin narración no hay imaginación.

Una trabajadora precaria. ¿Kelly? ¿Inmigrante cuidadora de ancianos?

Una niña en Guernica, Madrid, Dresde, Hiroshima, Sarajevo...

Una niña en La Desbandá.

Una niña en Gaza. Cambian las fotos, sepia o en colores nítidos, pero los ojos aterrados son siempre los mismos.

Un delatado y un delator que son la misma persona según el miedo entra en su vida. Un hombre topo. El miedo. Dejar de ser para seguir vivo.

La memoria sin narrativa es solo un vertedero de recuerdos inútiles, basura.

Un falangista. Un pijo imbécil. Ayer y hoy de la maldad orgullosa y la ignorancia arrogante.

Todos son dientes en esa terrible sonrisa, en esa boca que aúlla desde siempre, que mastica vidas y escupe muertes.

Marguerite Yourcenar escribió que todas las guerras son la de Troya, porque la carnicería empezó ahí y nunca se ha detenido.

Escribo estas frases en el móvil, sentado en un velador de la cafetería del Círculo de Bellas Artes, junto a un ventanal. Las revisaré más tarde. Si las ideas son buenas, las transcribiré. Si no valen nada, desaparecerán. Esa es mi primera criba.

Sí, aquí hay un libro. En realidad, en cada frase hay el germen de una o de varias historias. ¿Novela? ¿Libro de cuentos? El cuento redondo, conseguido, es magia. La novela, leí a alguien, seducción larga. ¿Qué necesito yo? No el mundo, los demás. Yo. Siempre he sido de relaciones largas. Una novela río, extensa, que dé sentido a mi vida durante muchos meses. Una donde esconderme. Como Virginia Woolf escribió en *Las olas*, solo necesito encontrar la verdadera historia, la historia a la que estas frases en apariencia deslavazadas hacen referencia. ¿Escribir no es decodificar un caos en el que todo está relacionado? Y, como ella, una habitación propia, un silencio propio, sin ruidos de la mañana a la noche. Esas notas son también posibles salvavidas a los que aferrarme para no desaparecer en el océano helado, oleoso, del bloqueo, de la incapacidad para escribir, de continuar y rematar lo empezado. Luego, como decía Zola, se ordenarán solas y saldrá mi novela.

Espero, miro la vida de los otros pasar por el ventanal.

Se acerca una chica, sonriendo apurada.

—¿Señor Roca?

Me levanto y sonrío también.

—Diego, por favor.

La periodista, Alicia, llega tarde, jadeando, se disculpa, se queja del calor y, apenas se sienta, pone la grabadora del móvil en marcha y me hace varias preguntas genéricas.

—¿Por qué ha escrito esta novela, señor Roca?

—Diego, por favor, llámame Diego.

—¿Qué va a encontrar el lector, Diego?

—Una historia sobre el lado oscuro del amor, la obsesión. Literatura. Capas. Seres humanos y, por tanto, contradictorios. Digresiones, desvíos, pero nunca atajos.

—¿Cómo definiría su estilo?

—Verás, como Bolaño, creo que, si leer es algo natural y placentero, escribir es dolor y masoquismo, un tormento donde uno es inquisidor y víctima a la vez. La falsa modestia es una forma de hipocresía, yo escribo literatura. En lo que hay entre la calidad y el fracaso, en ese lugar, está el arte. Thomas Mann dijo que un escritor es solo alguien a quien le es mucho más difícil escribir que a los demás. —Detecto mi tendencia a la pedantería mientras hablo con la muchacha, que me escucha con atención—. Como dice Muñoz Molina, intento escribir novelas que, buenas o malas, solo pueda escribir yo. La idea, la idea lo es todo. No la trama ni los personajes funcionales que, en las malas novelas, solo están ahí para que esta avance. La única manera de golpear es con la brutalidad del ser humano y la realidad sin filtros.

»Si algo salvo de mi obra, es que todas mis novelas son distintas entre sí. Arriesgo y, por tanto, cortejo el fracaso. Dejo al juicio de quienes me leen si lo consigo. —Callo y miro a la joven. Hoy presento mi última novela en una librería del barrio de las Letras y me ha citado en la cafetería del Círculo de Bellas Artes, en mi ciudad, Madrid, para una entrevista. Me doy cuenta de que estoy abusando de las citas. Noto mis esfuerzos por parecerle inteligente a la periodista, sin duda una becaria que lo mismo cubre este acto que un incendio o una feria gastronómica. No han enviado a ningún mandarín del periodismo cultural a entrevistarme.

Con la absoluta certeza de que la periodista no ha leído nunca nada mío, le sonrío con amabilidad, procuro mostrar-

me atento, aunque mi mente quiere divagar y contesto cualquier cosa. Ahora bebo un sorbo de café para ganar tiempo y ordenar mis ideas.

—¡La creación, sí! No hay nada original, todo es apropiación, regurgitación y, si hay algo bueno, incluso genial, en una obra, en un autor, no es más que su habilidad de unir cosas en apariencia inconexas. Unir de manera novedosa lo que otros ya contaron.

La periodista asiente con un leve gesto, ladea la cabeza y balancea entre los dedos un boli que apenas ha usado porque lo está grabando todo con el móvil. Me digo que lo lleva para disimular los nervios, para jugar con él. Se hace un silencio incómodo y vuelvo a sonreír para tranquilizarla. La joven está visiblemente nerviosa y me pregunto si la brecha de edad y género no es excesiva, insalvable, si no estoy haciéndole a la chica un *mansplaining* de libro. Sonia se metía mucho conmigo por eso, por más que yo fuera un hombre aliado, o *aliade* cuando se burlaba de mis esfuerzos, leyera algún libro feminista de los muchos que me pasaba o le acompañara, respetuoso y solidario, a las manifestaciones del 8-M y a otros actos. La periodista es menuda, no me parece mona y la saludé estrechándole la mano, como haría con cualquier hombre. Hace mucho que dejé de asaltar a desconocidas con besos en las mejillas, que para evitar equívocos tiendo con rapidez la mano. También que dejé de evaluar con la mirada a las chicas que me cruzaba por la calle. Eso complacía a Sonia: «Está bien que no seas un baboso. ¿A ti te gustaría que te miraran de arriba abajo las mujeres que te cruzaras? ¿O que un desconocido te plantara un beso al presentarse?». «No, no soy ruso —concedía yo—, y no, no me gustaría el escrutinio femenino porque el veredicto sería desfavorable. Y, además, yo feliz de que las mujeres estén más cómodas, al menos conmigo, en este perro mundo. Y porque yo solo quiero que me mires tú». Ahí

Sonia solía sonreír y besarme. ¿Cuándo me volví invisible también para ella? ¿Cuándo se heló todo? Alicia, la periodista, va vestida de una manera bastante neutra, sin estridencias ni mensajes en su ropa. El pelo castaño, tirante y recogido en una cola de caballo. En las orejas, dos perlititas blancas, artificiales, pequeñas. Nada contracultural ni arriesgado, todo aceptable para los distintos ambientes y sujetos que tendrá que entrevistar a lo largo del día.

—¿Tiene futuro la literatura? —La pregunta me sorprende perdido en mis recuerdos. ¡Qué cierto eso de que no tenemos memoria, que es la memoria la que nos tiene a nosotros! En Sonia y sus burlas sobre mis micromachismos.

—Sin duda la cultura escrita está amenazada... Pantallas, déficit de atención... Pero ¡cuándo no lo ha estado, cuándo no ha sido una actividad minoritaria! Los nostálgicos, la clase más peligrosa de persona que existe, parecen creer que hace cincuenta o cien años todo el mundo llevaba un ejemplar del *Ulises* bajo el brazo. Se lee igual o más que antes, o sea poco. Lo que sí creo que van cambiando son los enemigos de los libros. A los de siempre, los que saben lo peligrosos que pueden ser y los prohíben o queman en cuanto tienen ocasión, se ha unido una amenaza mayor: la falta de tiempo. Los libros empezaron su vida siendo objetos muy lujosos, copiados a mano, incunables con iluminaciones; luego, caros y difíciles de imprimir, solo accesibles para los más ricos. Ahora que son baratos, no prohibitivos, que hay bibliotecas públicas, se ha vuelto un lujo el tiempo que se necesita para leerlos. La gente vive con la lengua fuera y cree, erróneamente, que no tiene tiempo para leer, tiempo para nada que no sea deslizar el dedo en una pantallita. Prisa y necesidad de estar en todo, FOMO lo llamáis los jóvenes, ¿no? Exaltación del mal gusto y la ignorancia. Un trabajo de décadas para moldear una nueva cultura pop basada en el desprecio al intelectual y al conocimiento.

Pero ¡ahora el que suena nostálgico soy yo! No, ningún tiempo pasado fue mejor, ni peor ni distinto como queremos imaginar. De eso también habla mi novela.

La periodista clica un par de veces el bolígrafo, anota algo en el cuaderno, alza la vista y sonríe.

—¡Pues muchísimas gracias, señor Roca!

—Diego.

—Diego. Gracias, de verdad. Muy interesante. Tengo más que suficiente para el espacio que me dan. Quedará muy bien junto a una pequeña reseña de la novela.

Asiento. El espacio que le dan, que me dan. Pequeña reseña. Sigo teniendo el ego frágil y a mi edad no va a mejorar la cosa.

—¿Seguro? Si quieres preguntar cualquier otra cosa...

—No, no. No quiero robarte más tiempo... Ahora tienes la presentación, ¿no?

—Sí.

—Lástima, me encantaría quedarme, pero... —La joven resopla y en ese suspiro está resumida la precariedad de su vida. Ya ha guardado todo en una mochila y se la ha puesto al hombro.

—Tranquila.

—Adiós.

—Adiós.

Alicia desaparece por la salida de la cafetería a la calle Alcalá. Tengo ganas de fumar, pero decido esperar un poco más, darle tiempo para alejarse. Ahora ella reaparece en mi campo de visión, petate al hombro, y la veo distinta, vestida de forma distinta. La veo correr encorvada, desesperada, hacia la boca de metro de Banco de España. El humo de una explosión la oculta por un momento, el que tardan humo, polvo de ladrillo y cascotes en posarse. El polvo apaga el color de la realidad, y las fachadas, picadas por la viruela de la metralla, pa-

recen calaveras asombradas. Sin dientes en los portales, sin ojos en las cuencas vacías de las ventanas, verrugosas de sacos terreros aquí o allá. Alicia corre ahora en zigzag, como si eso pudiera salvarla de los obuses que los fascistas disparan todos los días sobre Gran Vía y alrededores. Tantos que a la ancha calle la llaman la Avenida de los obuses o la del quince y medio. Niego con la cabeza. Eso podría servirle contra francotiradores, no contra la muerte regada de las bombas. Cuando al fin veo, a través de las grandes ventanas de La Pecera, que la chica entra en la boca de metro, dejo el importe de la consumición en un platito y decido salir también. Mientras rebusco el tabaco en el bolsillo de mi chaqueta camino hacia la misma salida que tomó la periodista, bajo la escalera y salgo a una calle Alcalá desierta en la que solo yo observo y oigo alejarse las explosiones pausadas de los obuses que disparan los cañones franceses 155 C modèle 1917 Schneider, efectivas antiguallas francesas de la Gran Guerra con las que ahora se destripan, conciencizados, golpistas y republicanos. Hace mucho calor. Enciendo un cigarrillo, aspiro una calada profunda en la que inhalo mezclados el tabaco y el olor a cordita mientras veo extinguirse el bombardeo en un último rosario de fuego y humo que se aleja. Sudo. Las gafas se me escurren un poco en el puente de la nariz. Por la acera de enfrente, corren hacia la Red de San Luis Hemingway, protegiendo una botella en su regazo como si fuera un bebé, Martha Gellhorn y John Dos Passos. Se ve que los dos hombres aún no se han enfadado por la ejecución sumaria de José Robles, amigo y traductor de Dos Passos, acusado de traidor a la República. Otra calada y frente a mí se detiene con chirrido de frenos un Hispano-Suiza con las siglas UHP pintadas en puertas y techo, milicianos con mosquetones máuser y pañuelos rojinegros al cuello, en los estribos. Se bajan, abren la puerta trasera y sacan a un tipo con cara de miedo y el pelo engominado cayéndole desordenado

sobre el rostro. Le sangra la nariz y tiene un ojo morado, casi cerrado. No para de mover el otro. Al igual que los milicianos, viste un mono azul de trabajador, pero sin los correaes y cartucheras. Sin embargo, no le queda como a ellos. Hay algo impostado en el disfraz. Los hombres pasan a mi lado, clavando en las costillas del prisionero los cañones de sus armas al empujarle. Uno de los milicianos grita socarrón a los centinelas:

—¡Otro *emboscao pa'l* Agapito, camaradas!

El detenido no se resiste, pero eso no le libra de más empujones.

—¡Pasa, pasa, señorito, que aquí vas a poder rezar a gusto!

Sí, pienso apurando el cigarrillo, la Checa de Bellas Artes, la de Agapito García Atadell y sus secuaces, tendría que salir en una novela sobre el Madrid de la Guerra Civil. Madrid, mi Madrid. «Escribe siempre de lo que te importe. Y sobre lo que conozcas».

Cuando apago el cigarrillo en un cenicero de pie, la terraza vuelve a llenarse de turistas, el aire de acentos extranjeros —hace tiempo que en Madrid se oye mucho francés, algo de ruso, además de *sifrinos* venezolanos y *fresas* mexicanos y el omnipresente inglés americano— y la confluencia de coches y autobuses de Alcalá y Gran Vía. Madrid convertida en negocio turístico y distópico. El centro, un lujoso estuche vacío, hostil a sus habitantes, con plazas duras y ningún árbol que, aparte de dar sombra, cobije a posibles disidentes de la video-vigilancia de drones y cámaras de seguridad. Las vueltas y revueltas de Madrid la vuelven, como cualquier ciudad, intestino. La ingesta ansiosa de euros y dólares hace que ahora esa tripa solo cague turistas. La digestión es pesada. Falta la fibra de la convivencia real. Los indígenas somos figurantes, simples y explotados Oompa-Loompas en una enorme fábrica de chocolate, puestos ahí para que funcione. Cada vez hay me-

nos plantas, menos geranios en los balcones. ¿Quién los va a cuidar en un piso turístico?

Y no, no es solo nostalgia de otros tiempos, es que han hecho esta ciudad invivable.

Bueno, a mí tampoco me duraron mucho los geranios cuando se fue Sonia. Los mató el taladro. Un puto parásito que se los come por dentro hasta dejarlos huecos. Eso es lo que nos hace la tristeza.

Es hora de ir a la librería, a la presentación.

Antes de entrar en la librería, reduzco el paso y tomo aire. Por el rabillo del ojo veo mi reflejo en el escaparate bien iluminado. Algo me llama la atención. Él. Me acerco al vidrio. Él. Yo. Me veo gris, siento que mi imagen es apagada y un poco borrosa, que desentona con las coloridas portadas de las bien iluminadas novedades. Y que, sobre todo, desmiente al hombre seguro de mi retrato en el cartel de la presentación. Ese no soy yo, hace mucho que no soy ese aplomado mentiroso. Debería cambiar mi foto promocional por una de ahora. Por la de un huérfano. Es lo que soy.

Tomo aire y entro. Paso primero ante los estantes y anaqueles consagrados a lo nuevo, a lo banal, a lo insustancial, a las naderías analgésicas de lo más vendido. Vivimos una era pueril, marcada por una brecha insalvable y alimentada por el sistema entre la realidad y la visión autocomplaciente de los individuos, sin que las derrotas consigan debilitar el espejismo. Ya nadie se dice trabajador, todos se creen clase media. Años de hegemonía neoliberal han conseguido implantar esa ilusión en la mayoría, un egoísmo aspiracional. Y de ahí el éxito de los libros de autoayuda que llenan librerías y estanterías en grandes superficies, artilugios que alimentan ese pensar mágico capitalista. Generalidades más o menos obvias, alguna incluso ingeniosa, de consumo rápido, según las cuales

todos podemos repararnos, sanar, prosperar sin necesitar a nadie. La contradicción irresoluble entre el capitalismo y la vida humana en un mundo que arde no tiene importancia. «¡Todo está en ti!». Claro que la alternativa a este engaño es la rendición, el horror cuando la realidad de la autoexplotación nos alcanza. Por eso la depresión es la enfermedad de nuestro tiempo.

Sí, libros de autoayuda y *best sellers*, sano entretenimiento que reafirma el espejismo de que todo, casi todo, está bien. Mucha novela policiaca donde el monstruo es apenas un cliché al fondo, un coco asustaviejas, coleccionista de uñas, orejas, dientes, lencería ensangrentada o globos oculares. Un malvado sin matices puesto ahí para que una mujer policía, madura y con algún trauma que resolver del pasado, acompañada de su joven ayudante, al que, por supuesto, se follará sin que eso resuelva la herida —conviene mantenerla para futuras entregas—, lo detenga tras una trama más o menos hábil. Entretenimiento reaccionario y muy promocionado que, ante la imposibilidad de negar la violencia existente, se la adjudica a individuos aberrantes, fallos inevitables, estadísticamente excepcionales pero muy llamativos en nuestra inmejorable sociedad, y nos dice que sí, que hay errores, pero que vivimos en el mejor de los mundos posibles, que el mal siempre paga y que hay unos policías estupendos que se encargan de ellos. Así que tranquilos, consuman y llenen las terrazas, aquí no hay nada que ver y circulen. Otra basura historicista para cuñados neoimperiales. Morriones, tercios, hombres de verdad, putas buenas e indias rijosas. O *soft porn* interclasista. Los libros que nunca defraudan a quienes los compran porque ya los han leído antes de abrirlos y encuentran en ellos los mismos clichés y tramas simples una y otra vez con tranquilizadora regularidad. Ya lo explicó Bolaño. Libros que se venden por no ofrecer nada nuevo, nada sorprendente, nada

arriesgado. Parafraseando a Brecht, si la gente solo quiere leer lo que entiende no debería leer libros, sino mirar en sus retretes. O algo así. En las grandes librerías comerciales, los títulos que, como pedía Virginia Woolf, te buscan las costuras, los que te interpelan, suelen estar al fondo, casi escondidos como mercancía caducada o restos averiados, retales de un saber que a nadie interesa. Alejados de las manos y ojos de los incautos como bombas dormidas, no sea que, siquiera por error, algún despistado lea algo tan peligroso como un buen libro.

No me asombra el rango de edades de la audiencia y su género. La mayoría mujeres maduras. Ellas son las que leen, las que compran libros, las que los sacan de las bibliotecas. Las que engrosan los clubes de lectura porque allí han encontrado espacios seguros en los que relacionarse. Las que pueden hablar de lo que sienten. Me consuela pensar que no creo en que exista literatura femenina o masculina, sino buena o mala literatura. Aunque sé que me miento, que es un pobre consuelo, que los hombres hemos creado la literatura para explicarnos, entendernos, pero también para explicarles a ellas, con una arrogancia desmedida, su lugar en nuestro mundo. Cómo deben ser en la narrativa de nuestros deseos, miedos y necesidades. Reconozco que es normal que quieras verte reflejado en las historias, que busques personajes como tú, que hablen de ti. Que las mujeres quieran cada vez más leer a otras mujeres y sobre mujeres. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Eso dónde me deja? ¿Podría yo escribir una buena novela sobre la menstruación, el matrimonio como destino vital o la menopausia? Además, ¿es esto acaso lo que quieren leer las mujeres? No, supongo que no.

Suspiro y miro con admiración a ese puñado de personas que han sacado tiempo para ir a escuchar a un escritor divagar sobre literatura. Sí, con los bárbaros *ad portas*, estas per-

sonas son el último reducto de humanidad. En un mundo, al menos en el oasis de privilegio occidental, donde todos miran las sombras que la caverna digital proyecta en sus pantallas y las toman por la realidad, los libros resisten gracias a estas minorías. Porque leer, en este mundo virtual y acelerado, es la mayor rebeldía posible. Quien escucha con atención se olvida de sí mismo. Es la forma más rara y pura de generosidad. Por eso amo a esas personas, mujeres en su mayoría, que por una hora y pico escuchan en las presentaciones. Personas valientes, o insensatas, en un sistema construido para satisfacer el más infantil egocentrismo, el yo ahora y siempre más absoluto, el yo que no cesa ni descansa ni siquiera cuando dormimos, pues nuestro yo digital nos suplanta y sigue actuando sin nosotros, el yo consumidor. Un mundo en el que lo inmediato ha abolido el tiempo.

En esta economía de la atención, que se basa justo en lo contrario, leer es un radical amotinamiento, pues para hacerlo hay que desconectar, salirse del circuito, dejar de regalar tu *data*, estar a solas contigo mismo y concentrado en palabras y pensamientos, fuera de todo tiempo y espacio que no sea el que te plantea lo que lees. ¿Hay mayor acto de libertad?

Al final no han hecho falta los bomberos quemalibros de *Fahrenheit 451* para instalar el autoritarismo en nuestras sociedades. ¿Para qué destruir los libros cuando puedes hacer que la inmensa mayoría de la gente los ignore o los deteste? Sí, lectoras, ¡sois valientes, sois valiosas! Lectoras y lectores, sois la resistencia. Merecéis respeto. Ternura. Sonrío e inclino la cabeza, saludando a quienes me miran mientras camino hacia la mesa, al encuentro de la librera, otra chica joven con el pelo en parte morado y anilla plateada en una aleta de la nariz, que está poniendo unas botellitas de agua para los intervinientes, y el autor de la agencia que Paola, mi agente, ha conseguido en el último momento para presentarme a mí y a

mi libro —¿se lo habrá leído?— ante la deserción de un par de colegas de más nombre por imprevistos y el siempre socorrido COVID. Desde la pandemia, y ahora que se había cronificado y vuelto menos grave, se ha convertido en la excusa perfecta. Lo sé porque yo mismo la he utilizado varias veces. Paola, el copresentador y la librera me saludan y hacen algún rápido elogio sobre la novela. Sí, ¡menos mal!, el chaval se la ha leído. Nos sentamos. Paso revista a la audiencia una vez más mientras abro la botella de agua. Alrededor de cincuenta personas. No está mal, no. Pero aparte de Paola, solo dos caras conocidas, una y un novelista, también de la agencia. Dicen que a las firmas en la Feria del Libro y a las presentaciones suelen ir los amigos. Si es así, no tengo muchos. Claro que yo tampoco suelo ir a las presentaciones de otros. No tengo derecho a quejarme. Siento que la soledad que una vez fue privilegio, lujo y elección —palabras más sinónimas de lo que la gente suele creer—, es ahora maldición, aridez, condena sin atenuantes. Yo mismo establecí las reglas que ahora se me revelan como el protocolo de un hombre obsoleto. Y no sé cómo romperlas. Amables descortesías, ausencias más o menos justificadas, silencios por respuesta como puros formulismos que han ido cortando mis amarras con el mundo. Me siento solo y no imagino cómo volver a establecer relaciones amorosas, pues la amistad es una forma del amor. Si un día renuncié a recepciones, canapés, saraos editoriales y a dedicarme al alterne con los poderosos a cambio de un lugarcito al sol, si quiera un ratito, en el esclerótico mundillo literario, de unas migajas en forma de columna, tertulia o premiecillo, ahora me doy cuenta de que el aislamiento acabó por alejar también a amigos, amigas y personas a las que realmente valoraba. Sin estridencias, sin brusquedades ni desaires, mitad por pereza, mitad por egoísmo, dejé de estar para ellos, los volví recuerdos, ideas, fantasmas, y ahora no sé cómo convocarlos. En el

imposible equilibrio que se exige al escritor entre la soledad monacal que demanda su oficio y la habilidad social que requiere la mercadotecnia editorial y la promoción de lo escrito, yo me he deslizado, sin pena ni remedio, hacia el enclaustramiento. En realidad no soy desagradable con nadie, mis defectos solo me perjudican a mí.

Como escritor sé que uno no puede contradecir su propia historia, la narrativa que ha elegido, sin traicionarse, sin que la novela o la vida pierdan sentido y se conviertan en algo ajeno. La vida es una historia y, como cualquier historia, se puede mejorar, pero no cambiar de sentido sin debilitarla y caer en contradicciones, sin vaciarla de significado. No se pueden cambiar las reglas que aceptaste durante la partida sin que todo se vuelva inverosímil. ¡Joder, alguien debió haberme avisado de lo fácil que es quedarse solo! Bueno, Sonia lo hizo siempre. Deberías ir a tal presentación, deberías quedar más con zutano, ¿por qué no llamas a fulano? La ignoré y ella acabó por dejarme solo a mí.

—¡Muy buenas tardes a todas y a todos, gracias por acompañarnos! Para mí es un honor poder presentar *Las vidas afiladas*, la última novela de Diego Roca, un novelista al que...

Al acabar la presentación, sentado en una mesa ante una pila de ejemplares de *Las vidas afiladas*, recibo con educación a las lectoras y lectores. Firmo con auténtica buena voluntad. En lo que escribo una escueta dedicatoria, más o menos la misma y con ligeras variaciones cada tres o cuatro ejemplares, intento establecer, siquiera durante un instante, un breve diálogo, encontrar los ojos de los otros. Respondo halagado a algún comentario sobre mis anteriores novelas. Agradecido, trato de condensar en breves frases y amplias sonrisas algo de la brillantez que los demás, al menos al pedir mi dedicatoria, me atribuyen.

Cuando salimos a la calle después de las firmas, veo que Paola, los otros dos novelistas y el otro autor que me ha presentado charlan animadamente. En realidad, todo es siempre animado, vívido, cuando Paola es parte de ello. Admiro su energía inagotable, su entusiasmo por todo, incluso por mí. Y eso que, a cambio y a lo largo ya de más de una década, creo que solo le he devuelto un puñado de novelas aceptables y mucho cinismo. Claro que las mujeres están obligadas a un extra de entusiasmo para andar por el mundo. Me uno a ellos, intercambio los últimos cumplidos y agradecimientos, y ofrezco ir a tomar algo juntos. Me complace cuando los demás se excusan y me dejan solo con Paola, que sí acepta acompañar-

me a beber algo. Caminamos por varias calles del barrio de las Letras y nos cuesta encontrar un lugar donde sentarse a beber sin más.

—Ya no hay bares, Paola. Los de toda la vida, digo. Los de barra, taburetes, cañas y tapa. Ahora todo son mierdas instagrameables y, si quieres sentarte, tienes que comer la misma porquería de fusión asiática-mediterránea aquí que en Helsinki o en Bogotá. Pulpo. ¿Qué le pasa a la humanidad con los pulpos? ¿Sabes que son superinteligentes? Tienen dos cerebros.

—Ya. Quizás los temamos.

—Puede ser.

—¿Y echas de menos las pieles de gambas en el suelo?

—Pues sí. Y el crujir de las conchas de mejillón al pisarlas.

—Eso era una marranada. Pero si añoras eso deberías estar feliz: Madrid nunca ha estado tan sucio. Hay basura por todas partes.

Encontramos un bar. Nos sentamos. El local está semivacío, salvo un par de hombres gordos en la barra mirando la tele y una familia de rasgos andinos, bolivianos o ecuatorianos, algo así, que sentados en una mesa bromean en voz baja y comen patatas bravas, patatas aliñadas y tortilla de patatas. Cerveza los mayores, cocas los pequeños. Viene un camarero, también latino. El aire acondicionado está puesto a tope, zumba como un enorme insecto ártico, un iceberg tecnológico que permite la ingesta despreocupada de carbohidratos y azúcares. Es un bar de pobres, por eso todos, clientes y camareros, son gordos. Algún día, en un mundo mejor, junto a los de las farmacéuticas, alguien juzgará los crímenes de la industria alimentaria. Paola pide un vino, un Ribera; yo pienso en un güisqui, pero no creo que la charla dure mucho y, para mí, beber güisqui es beber mucho y largo. Pido una caña. Me dicen que no sirven cañas, que hay dobles. Sé que tanta cerveza me hará mear varias veces, despertarme con la sensación de que la ve-

jiga me explota. Caminar como sonámbulo hasta la taza del váter junto al dormitorio, la tapa levantada. Esa sí. La única que Sonia me permitía dejar así: «Baja la tapa, coño, que esto es una casa, no un bar. ¡Qué guarros sois los tíos!». Caminar de memoria, a oscuras, hasta topar las tibias con la loza, mear a golpes y...

—Bueno, ¿cómo vas con la nueva novela? —me aterriza Paola.

—¿Qué nueva novela? Odio la palabreja, pero estoy bloqueado. Me gustaría escribir una distopía.

—¿Sobre qué? —pregunta Paola sinceramente interesada.

—Una inspirada en un artículo que leí. Un científico que se dedica a estudiar posibles desarrollos sociales en función de los tecnológicos, a anticipar escenarios en un mundo caótico e hiperconectado. ¿Sabes que Dostoievski sacaba sus novelas de crímenes reales de los periódicos?

—Sí, lo sé.

—Yo no soy Dostoievski, pero también devoro periódicos. Paola me mira un instante en silencio, luego sonrío y aplaude:

—¡Bien, nada autorreferencial!

—¡Ni autorreferencial ni infancias en pueblos!

—No sé por qué pensaba que andabas con algo de la Guerra Civil.

—No, mi novela sobre esa carnicería y la dictadura está aquí y aquí —digo tocándome la sien y el corazón—, informe, esperando su momento. Tengo alucinaciones y sueños con la guerra, la nuestra, las otras. Un día me alcanzará, se impondrá. Pero no es esta, no.

—Bien, sigue.

—Bueno, pues este científico, que está acostumbrado a hablar en auditorios universitarios, dar charlas TED y cosas así, recibe una invitación para una charla muy bien pagada en un resort en una montaña...

—¿Aquí?

—En el artículo era en Suiza o por ahí. Pero sí, querría traerlo todo aquí. Bueno, el científico se ve en una habitación solo con cuatro tipos trajeados, que ya de entrada le dicen que están allí en representación de sus jefes, cuyas identidades no pueden revelar. Tras las presentaciones van directos al grano. Sus jefes no están interesados en soluciones tecnológicas para el hambre, la previsible falta de agua potable, el calentamiento global y demás apocalipsis próximos. Todos estos billonarios dan por descontadas esas catástrofes, el capitalismo solo puede funcionar quemando cosas, y se han preparado para ellas comprando regiones enteras, creando refugios fortificados en zonas ahora frías pero que serán templadas, con acuíferos propios, alistando ejércitos privados, de mercenarios, rollo *Blackwater*... No, no les preocupa el destino de la humanidad dejada a su suerte, sabrán contenerla fuera de las murallas. Ninguno se cree realmente esas soluciones de buscar otros planetas u orbitar en el espacio. Eso, reconocen sin problemas al asombrado científico, no son más que historietas para desviar la atención de lo que están haciendo ya aquí abajo. «¿Quién querría vivir en un cohete?», se burla uno. No, si los estados colapsan y pierden el monopolio del uso legitimado de la violencia, ellos estarán listos y armados hasta los dientes para ejercerla en los nuevos escenarios posibles. Pero eso plantea un interrogante, una falla operativa: ¿cómo controlar a los mercenarios y a la gente de servicio necesarios dentro de sus reductos? El científico se asombra y dice no comprender bien lo que le piden. «Sí —insisten los otros—, queremos soluciones tecnológicas para evitar que se subleve contra los dueños el personal necesario para mantener, servir y proteger los refugios». «¿Collares explosivos?», aventura uno. «¿Implantes neuronales?», se atreve otro...

—Me gusta, Diego, ¡se sale de lo normal! Y me has hecho pensar en *Stalker*, de Tarkovski. El científico, el escritor... ¿Cuándo prevés tener una primera versión?

—Lo estoy pasando mal.

—¿Escribiendo? Eres escritor. Es preocupante.

—Necesito silencio, vivo en medio de una obra interminable, en mi edificio y los de al lado. Me resulta imposible escribir mientras solo oigo martillazos, radiales y taladros.

—Comprensible. Es desquiciante —concede Paola.

—Pero bloqueo aparte, siempre lo paso mal escribiendo. O eso me parece. Aunque Sonia decía que me veía más guapo y feliz cuando lo hacía. Al menos cinco de mis libros se lo debes a eso. Supongo que lo que le gustaba es que no estuviera dando el coñazo. No me organices más firmas en un tiempo. Estoy seco, necesito aislarme.

—Eso no le va a gustar al editor.

—Al editor le importará un carajo. Tiene mil cosas para editar, seguro. Se publica demasiado. Acabamos de presentar *Las vidas afiladas*.

—Hace casi un año que me entregaste el manuscrito.

—Necesito tiempo, pensar. Además, tener prisa no es más que otra forma de perder el tiempo, ¿no?

—Interesante. —Paola enarca las cejas y asiente como valorando lo que acaba de oír—. ¿Por qué no avanzas con otra cosa? Algo más ligero, para desentumecer.

—¿Cómo más ligero?

—Te lo he dicho mil veces, escribe algo juvenil.

—No escribo para niños.

—Juvenil no es para niños. Los cuentos no fueron siempre para críos. Eran truculentos, violentos y sexuales porque querían prevenir y enseñar a los jóvenes.

—Querían aterrorizar. Sí, Perrault los civilizó. Convirtió a un follaniños adorador del diablo como Gilles de Rais en *Barbazul*.

Los Grimm, el marica de Hans Christian Andersen y Disney los remataron. No, Paola, yo no escribo para jóvenes.

—Si te pones te resultaría fácil. Y rentable. Escribes muy bien, Diego.

—Dicho así no parece bueno.

—Quiero decir que hay escritores que no escriben bien. Son buenos creando personajes, tramas, incluso interesantes en lo que cuentan, pero no escriben bien. Tú escribes muy bien.

—Insisto, suena a «tú pones ladrillos muy bien».

—Literatura juvenil. Tú puedes. Piénsalo.

—¡Claro que puedo! Mira... Una niña tiene un globo mágico que habla y la lleva volando, agarrada de la cuerda con su manita, por distintas partes de la tierra: selvas, montañas, glaciares, océanos. En cada sitio, la niña y el globo hablan con plantas y animalitos que les cuentan cómo va la cosa. Se despiden con toda esa información y vuelta a volar agarrada a la cuerda.

—¿Y?

—Pues tras varias de esas entrevistas con el hermano roble, el hermano oso polar y la hermana ballena, la niña siente una vergüenza irrefrenable por pertenecer a la especie humana, libera al globo sin reparar en que está generando más polución por plástico y se ahorca con la cuerda de la rama del último árbol de Madrid, ya marcado para su tala para ampliar un aparcamiento o una terraza. Fin.

—Eso no es juvenil. Es infantil.

Me arrepiento al instante de mi inoportuno cinismo frente al sincero interés de Paola por mí y mi trabajo.

—Perdona, tienes razón. Además, Banksy se me ha adelantado: una niña con un globo rojo que vuela sobre Gaza. Me estoy volviendo loco. No descanso.

Paola me sonrío comprensiva y la encuentro guapa. Paola es, sin duda, una mujer guapa y elegante de cuarenta y seis

años. Pero, además, yo embellezco al instante a toda mujer que me sonría. Como Balzac, que veía a Helena de Troya en cualquier señora. Cambiamos algunas frases más. Paola animándome, yo quejándome sin querer parecer lastimoso. Tras unos tragos en silencio, ella, siempre positiva, me ofrece un refugio para escribir. Ya ha enviado allí antes a algún autor.

—¿A quién?

—A Fernando Muelas.

—¿Quieres que encuentre inspiración en el mismo lugar que ese juntaletas semianalfabeto, Paola? ¿Que lo ponga todo perdido de adjetivos?

—Pensé que erais amigos.

—¡Lo somos! Muy amigos.

—¿Y nunca te comentó nada de esa casa?

—Somos amigos, pero no hablamos mucho. ¿Qué es, un piso, un hotelito?

—Tranquilo, es una casa preciosa en mitad de la nada. En un antiguo cortijo. Rehabilitada. Cómoda. De ti depende lo que escribas allí. Es de una amiga mía, Lucía, una mujer muy interesante.

—¿Muy interesante es muy pesada? Porque a mí se me da muy bien librarme de los pesados, pero con las pesadas...

—Ya, Diego, ahí te pueden tus ganas de gustar. ¿Tienes amigas?

—¿Aparte de ti?

—Yo soy tu agente.

—Y mi amiga, ¿no?

—Sí. ¿Alguna más?

—Amigas, amigas... No me llevo bien con mis ex.

—¿No conoces mujeres con las que no te hayas acostado, que no hayas deseado?

—¡Sí, claro!

—¿Sí? ¿Muchas?

—Algunas, pocas. He estado dieciséis años en pareja. A ti nunca te tiré los tejos, ¿no?

—No eres tan tonto.

—No.

—Pero eres muy antiguo, tan heteronormativo.

—Supongo que sí. Al menos lo sé. Y he hecho avances en ser más igualitario. No tengo amigas, pero tampoco amigos. El hígado me ha retirado de la bebida y el vandalismo, y los hombres solo se abren de verdad a sus amigos cuando están borrachos. Ya no llego nunca a las confidencias. Me aburro antes, me voy.

Seguimos hablando, un vino y una cerveza más. Paola me recrimina que tampoco soy tan amigo suyo, que en el fondo solo le pregunto por mis libros, mis ventas, posibles traducciones; todo gira en torno a mí. Me azota sonriente con la anécdota de Reich-Ranicki sobre la vanidad de un escritor que cuenta Chirbes en sus *Diarios*: «¡Pero ya está bien de hablar de mí, hablemos de usted! ¿Qué le ha parecido mi último libro?».

Reímos. Paola siempre sabe hacerme reír y sí, me siento orgulloso de poder decir que esta mujer tan brillante, tan hermosa, es mi amiga desde hace ya muchos años. Le pregunto a Paola si es caro el alojamiento rural de Lucía, que ella sabe mejor que nadie el importe de mis liquidaciones, que voy con la lengua fuera, estirando lo que me pagó una plataforma por la adaptación de una de mis novelas para hacer una serie que detesto, sobreviviendo a fuerza de colaboraciones en revistas literarias, presentaciones pagadas e impartir talleres de escritura. «No, Diego, no es caro. Además, supongo que solo irás una, dos semanas como mucho». Sí, contesto, el tiempo de descansar, dormir y, sin distracciones, rematar un primer borrador. Y le confieso que, ruidos aparte, la casa se me cae encima. «Demasiados recuerdos», murmuro bajando los ojos.

Como estamos a gusto, nuestras comunicaciones son mayoritariamente telefónicas o wasaps y no nos vemos mucho, le propongo a Paola buscar un lugar más tranquilo, con menos luz y tragos más largos. Seguir hablando. Lo encontramos. Ella se pasa al gin-tonic y yo, ahora sí, pido un güisqui con hielo. Es pronto para este garito. Debe de animarse más tarde. Solo hay un par de parejitas y un grupo de chicos. Todos son muy jóvenes, nadie nos mira. Gente guapa y delgada, un bar de pijos. Aquí el aire acondicionado no hace ningún ruido. Le pregunto por Daniel, el compañero eterno de Paola, y ella me dice que está fuera por trabajo. Afirmo que Daniel es un tipo fantástico y ella lo agradece con una sonrisa, en especial viniendo de un misántropo como yo. Le digo que seguramente Daniel es otra de las razones por las que nunca lo he intentado con ella. Paola asiente y responde burlona que sí, que es posible. Eso y que yo estaba con Sonia cuando nos conocimos. ¡*Touché!* Trato de añadir algo ingenioso sobre las trampas que nos hacemos al recordar, y que he empezado a disociar a Sonia, cada vez más desleída, espectral, de hechos y épocas de mi pasado en los que ella estuvo muy presente. Paola me pregunta si la echo de menos. ¿A quién? ¿A quién va a ser? A Sonia. Bebo, hago una mueca que ni yo sé qué significa, callo y asiento. Sí, mucho. A veces. Otras nada. No sé si a ella, el final

no fue bonito. Pero añoro muchas cosas que vivimos juntos, el que fui. Y los viajes. Ventajas de tener una novia azafata, añade Paola. TCP, tripulante de cabina de pasajeros —la corrijo—. Sí, me acostumbró a billetes *free*, hoteles y destinos que nunca podría haber pagado. Pero sobre todo extraño tener al lado a alguien que tiraba de mí. Echo de menos su entusiasmo. Su juventud. Al final la diferencia de edad pesó, creo. No os llevabais tanto, ¿no?, suaviza Paola. Trece años, de pronto se notaron. Ella tiene cuarenta y cuatro, una adolescente según los estándares culturales de hoy. Yo, en cambio... ¿Cincuenta y siete? Sí, Paola, cincuenta y siete. ¡Ahora eso no es ser viejo, amigo! No como antes... Ya, gracias, pero... siento que la edad me ha caído encima en los últimos meses. Que gran parte de mi juventud impostada pertenecía en realidad a Sonia y la perdí con ella. Creo que al envejecer nos desprendemos de muchos nosotros, siluetas que vamos dejando atrás sin remedio. Un efecto Doppler al rojo en el que nuestros yo más jóvenes se alejan para siempre a una velocidad de mierda, infernal. ¿Sabes algo de Sonia? No. Nada. Tras la ruptura me llamó alguna vez, me escribió mensajes. Hablamos y, por supuesto, me dijo que me querría siempre mucho, que todos esos años juntos ni podía ni quería borrarlos, que estaría siempre ahí para mí, como amiga, como familia... Es lógico, Diego. ¿Qué le contestaste? Pues que, por favor, no me llames más, que te lo agradezco, pero yo no puedo verte como mi amiga. Aún no, quizás no pueda nunca. No volví a atender sus llamadas ni responder a sus mensajes. ¡Vaya mierda pasivo-agresiva, Diego! Lo sé, lo sé... Y tú, Paola, ¿has sabido algo de ella?... ¿Yo? No. Sonia me parece una tía cojonuda, muy divertida, pero nunca fuimos amigas. ¡Yo soy *team* Diego! Gracias, Paola. ¿Y no ves a nadie? Ya te he dicho que no tengo amigas, apenas salgo. Tú no irás a separarte de Daniel, ¿verdad? ¡No, no, estamos muy bien! Paola da un trago a su

copa y me mira con ternura. Eres un buen tipo, no deberías estar solo. Y no eres difícil de mirar. Sonia, la noche que nos conocimos, cuando me acerqué a ella tras observarnos unos instantes, me dijo que qué lástima, que yo lo que tenía es un buen lejos. No soy guapo. Tampoco eres feo, rebate ella. La fealdad es duradera y confiable, es para siempre, no como la belleza, Paola. No eres feo, eres atractivo, insiste ella. ¿De verdad lo crees? Sí. Estoy mayor. ¡Estás vivo! No sé, Paola, las últimas veces que intenté ligar me pareció que estaba pasando una entrevista de trabajo... ¡Además, tampoco es cosa de estar con alguien por no estar solo! No, claro que no, Diego... Silencio... Tragos. Oye, Diego, ¿y Tinder o algo así? ¿Lo has probado? ¡No me jodas, Paola! Se hace un silencio y Paola exclama divertida: ¡Lo has probado! Vuelvo a beber, abro mucho los ojos y asiento. A los tres meses de separarme me abrí un perfil. Curiosidad de escritor, también. ¡Ya, sigue, anda! Con cincuenta y cuatro, no mentí, la aplicación, el puto *logaritmo* ese, me filtró por edad y me salían mujeres de mis años y hasta un par de sesenta. Al principio me divirtió encontrar gente tan mayor buscando ligar en una aplicación. Luego me deprimió. ¡Ah, claro, tú querías veinteañeras!, se burla Paola. No, no..., o sí, no sé. La verdad es que me daba vergüenza contactar con chicas tan jóvenes, ser tan predecible. La única vez que hice un *match* fue con una mujer de mi edad. Me pareció guapa, elegante. Nos escribimos algunos mensajes. Yo cuidé la prosa, ella puntuaba mal. Me acabó explicando que no estaba interesada, que a ella ahora le entraban chicos muy jóvenes y le satisfacían más. Que ella no buscaba nada serio en Tinder. Se ve que me puse muy intenso y la espanté. Renuncié a hacer más preguntas, o una patética defensa de los atractivos de la madurez. Además, me imaginé a Sonia quedando con chavales para follar y me dio un retortijón. ¡Ajá! Porque Sonia es mujer, ¿no? Si fuera un colega tuyo le llamarías cam-

peón y le pedirías detalles. ¡No, porque Sonia era mi compañera! —protesto simulando indignación—. ¿De verdad me crees un machirulo de ese calibre? Paola sonríe conciliadora, si lo piensa lo oculta, y me dice que no. Le digo que yo pertenezco al pasado fordista de la seducción. ¿Qué dices?, me pregunta extrañada. Le explico que sí, que yo soy la reliquia de una época en que había horarios, sitios y personas para ligar. Ahora son tiempos de movilización total: como todo, la seducción se ha deslocalizado. Mientras tengas un móvil y aplicaciones puedes, debes, estar ligando sin parar, sin horarios, sin límites. Nunca se habló o escribió peor del amor que ahora, que todo el mundo lo hace, que todo quisque exige su trocito de romanticismo y necesita venderse 24/7 en el mercado de la seducción. Y como hay que conocer la mercancía que uno vende, el mundo se ha llenado de expertos científicos que nos explican la atracción, la pasión y muerte de nuestras relaciones como si fueran reacciones químicas. Prospectos de qué sentir. ¡Ya no hay misterio, intimidad, pecado! Paola me observa asombrada unos instantes y luego explota en una carcajada que solo cesa cuando nota que la miro serio. Me dice que debería escribir un ensayo. Que las novelas me quedan muy filosóficas, muy de tesis.

Bebemos.

Un grupo de chicas y chicos entra en el local, riendo. Se sientan en unos taburetes bajos a unos metros de nosotros. Hablan en inglés, aunque es fácil distinguir por la pronunciación —aun siendo más que correcta— a los cayetanos españoles de los *posh* americanos. Traen una alegría que atribuyo a una ingesta de alcohol considerable y a una vida sin mayores preocupaciones materiales. Tras pedir, tres de ellos, dos chicas y un chico, salen a la calle a fumar. Le pregunto a Paola si recuerda cuando se podía fumar en los bares. Ella me dice que sí, y que era un asco. Llegabas a casa apestando a tabaco,

fumaras o no. Que ella nunca fumó, ni de jovencita, y que yo debía dejar de hacerlo, que era una estupidez. No fumo tanto, ya lo has visto. Un poco más que antes. ¿Que antes, cuándo? Cuando estaba con Sonia, no le gustaba que fumara en casa. Además, yo le decía que solo fumaba cuando salía, cuando bebía, nunca cuando escribía. ¡Estupendo, porque eres escritor! ¡Escribe, será bueno para tu salud!, se reía. Ahora fumo más porque vivo solo, porque duermo poco, porque no escribo y porque estoy de mala leche. Pues escribe. Vete a la casa de mi amiga, ella tampoco fuma. Cuéntame algo de tu amiga. Pues que Lucía es una tía cojonuda, ya verás. Letraherida. Le encanta recibir escritores en su casa. Digamos que se ha especializado en retiros artísticos, especialmente de poetas y novelistas. ¿No hará retiros de yoga y mierdas con gongs tibetanos? ¡Esas movidas siempre están llenas de sicópatas, todo el rato sonriendo y hablando en voz baja, pero son gente muy violenta por dentro, por eso van a esas cosas! ¿No exageras? Paola, te lo juro, vi un reportaje sobre un grupo de yoguis nazis israelíes. ¿Qué? ¡Sí, en la tele! Colonos sionistas que hacen meditación y creen que solo alcanzarán la paz exterminando a todos los gazatíes, que así cumplirán la voluntad y el mandato del dios que los eligió y les prometió esa tierra. Y mientras tanto hacen yoga, meditan... ¡seguro que hacen pilates! ¡Joder, Diego, qué horror! ¿Eso es verdad? Daniel y yo hacemos pilates. Él está enganchadísimo. No, tranquilo, mi amiga nada que ver... Debe de tener pasta. ¿Quién? Tu amiga, Lucía... ¿Por? Bueno, si puede elegir a quién y cuándo alquilar... No vive mal, se prejubiló. Pero ya te contará ella su vida, si te interesa. Es cero intrusiva, tranquilo. Asiento y con una seña pido otro güisqui al camarero. Paola niega con la cabeza y me muestra que aún le queda medio gin-tonic. Suena música *swing*, el local se ha ido llenando. Me alzo las gafas con el dedo corazón. Los jóvenes siguen hablando en inglés, pero ahora lle-

van trajes a rayas, entallados, el pelo engominado. Uno viene del baño frunciendo la nariz y con los ojos muy abiertos. Las chicas ríen descaradas y beben sus tragos, melenitas estilo *bob*, vestidas con trajes de flecos sueltos y cortos, mostrando unas piernas largas que cruzan y descruzan en un morse acelerado. Veo llegar a un camarero negro, ¿era negro antes?, y a los jóvenes celebrar las botellas, la hielera y los vasos que trae. ¿Un *speakeasy*? ¿Puedo fumar? Palpo el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta. Uno de los chicos, con un fuerte acento neoyorquino, dice que *as my pops says the entire history of this country could be summed up in these words: Washington, Lincoln, Volstead..., second floor and ask for Gus!* Los otros celebran la ocurrencia. Doy un trago a mi güisqui, preguntándome si el personaje diría eso. Puede, si es un alumno de *The Old Eight*, Harvard, Yale, Princeton... A mí siempre me atrajo la época de la prohibición, la literatura alcohólica de la generación perdida, su narrativa fragmentada. Parpadeo y la escena cambia un poco. Sigue sonando jazz, pero las chicas llevan trajes rectos, tacón bajo, cortes a lo *garçon* o medias melenas con ondas al agua. Todo es más sobrio, sin joyas ni brillos. Poco maquillaje y los labios muy rojos, como los pañuelos que un par de ellas llevan al cuello. Los chicos siguen hablando en inglés, aunque también me parece escuchar algo de francés y ruso. Sus trajes son menos estructurados, las camisas blancas y abiertas. Alguno lleva un corraje, ¿una pistola? Una de las parejas me recuerda a Robert Capa y Gerda Taro. ¿Madrid republicano? ¿Pasapoga? ¿Chicote? Todos tienen una alegría apresurada, una felicidad histérica, propia de los que saben que las bombas pueden acabar con todo de improviso. ¿Cómo viven los que saben que pueden morir en un instante? Ese es el tema que debo...

—La casa de Lucía está en un sitio muy bonito.

—¿Eh?

—Que la casa de mi amiga está rodeada de olivares, cerca de un pueblito.

¿Olivares? Paola me saca de mis evocaciones y me sienta de nuevo en el presente.

—¿No será un secarral? Con estos calores.

—No. Te gustará.

—Puede. No sé.

—¿No fantaseas con largarte de Madrid? Todos lo hacemos.

—Me encantaría huir de Madrid, del mundo, perderme en una isla desierta. Algo así.

—Oh, eso es mentira, Diego. Nadie aguantaría vivir en una isla desierta. No voluntariamente. ¿Sabes que en las pruebas para diagnosticar la depresión te preguntan eso?

—¿El qué?

—Si crees que serías más feliz viviendo aislado en tal o cual sitio. Por ejemplo, en una cabaña en un bosque.

—¿Y?

—Pues que contestar que sí es síntoma de depresión.

—Puede que tengas razón. Pero hay que ser un imbécil para no estar deprimido. Además, yo soy de ciudad. A Dostoievski le gustaba el sol de marzo en San Petersburgo. A mí, el de Madrid. Y también las noches de verano.

—¿Y del campo nada? ¡Eso es solo pose, Diego! Es imposible.

—Del campo me gusta la versión comercial y refinada. No la realidad. Esa está bien para los libros y pelis con niños descubriendo su sexualidad, para nostalgias neorrurales. No para vivir.

—Tú, tú y tu subjetividad omnipotente.

—Nosotros, nosotras. Todos. Infierno o paraíso están en nosotros y los llevamos de lugar en lugar.

—¿No hay lugares mejores que otros?

—No lo creo, solo nosotros mejores o peores en los lugares. Soy urbanita, no idealizo lo rural como hacen tantos ahora, tras la pandemia. No tuve abuelitos en el pueblo y por tanto no identifico la felicidad de la niñez con eras, casonas, pozas y romerías. ¡Coño, lo que todos añoramos es la infancia, el recuerdo mentiroso de la infancia! ¡La infancia es el tiempo de prodigios porque todo es nuevo, hasta papar moscas! Es melancolía de eso y no del puto pueblo. Yo era feliz jugando en la acera de mi calle, entre los coches aparcados.

—A mí me encanta volver a mi pueblo —refuta Paola—, a la familia que me queda allí. Al final no son tanto los sitios como las personas, ¿verdad? Pero comprendo lo que dices, Diego. Yo no me iría a vivir a mi pueblo.

Esta concesión me sorprende con la boca llena de güisqui, así que abro mucho los ojos, enarco las cejas, trago y sigo con mi perorata.

—El campo siempre ha sido beato, inmovilista y reaccionario. Arcadias retrógradas contra el relativismo urbano, contra la modernidad. La ciudad es la civilización, la cultura. O lo era hasta la invención de los pisos turísticos. Y yo las vacaciones me las tomo en hoteles para adultos con todo incluido —respondo, otra vez con la grosería de la mordacidad innecesaria hacia quien solo intenta animarme.

—¿Usted perdone, monsieur Houellebecq! —se burla Paola—. ¿Y los talleres de escritura? ¿Qué tal?

—Han terminado por ahora; es verano, y no sé si quiero coger más. No gano tanto y me quitan mucha energía. Aunque no pierdo la esperanza de encontrarme con algún genio en el futuro, asesinarlo y robarle una maravillosa novela sin publicar. Por eso los doy.

Paola se ríe, apura su copa.

—Es tarde, mañana madrugo. Alguien tiene que cuidar de tus intereses, señor escritor.

Salimos del ¿bar de diseño? ¿de moda? ¿coctelería? ¿pub?, me pregunto mientras sostengo la puerta para que pase Paola. ¿Todavía hay alguien que use la expresión «pub»?

Fuera hace una noche calurosa, sin brisa. Se podría agarrar con la mano el aire espeso.

Paola me pasa el contacto de su amiga Lucía.

—Llámalas mañana por la tarde. Yo ya le habré hablado de ti. Mándale un wasap antes.

—Lo haré, tranquila. Gracias, amiga.

—De nada, amigo.

Dos besos y cada uno nos alejamos en una dirección.

Me siento ligero, esperanzado. Aunque no haya ningún borrador que rematar como le he dicho a mi agente, pese a que no haya nada salvo ideas inconexas. Pese a no contarle a mi amiga toda la verdad sobre mis intentos en Tinder, escasos, ya antiguos, pero no inexistentes. Como decía Antonio Gamero, uno de esos grandiosos actores característicos del cine español durante décadas y del que fui vecino un tiempo que viví de alquiler: «Yo a mis amigos no les cuento mis problemas, que se diviertan con otro los hijos de puta». Luego, mientras camino y salgo a las luces de la Gran Vía, mi memoria salta a Nueva York, a un viaje con Sonia al año de empezar a salir. Ella me sorprendió con unos billetes *free* y, al llegar, con una *limousine* que había alquilado para que nos llevara del JFK a un hotel en el Soho. ¡Tranquilo, no es tan caro, hacen descuento a personal de aerolíneas! —Sonia hacía esas cosas—. Será divertido, ya verás. Antes de llegar al puente de Brooklyn, Sonia cerró la mampara que separaba la parte de atrás del conductor. Ahora no nos ve. ¿Seguro? ¡Seguro! Me desabroché el pantalón, yo me lo bajé riendo junto al calzoncillo y me saqué la polla. Empezó a chupármela despacio, a ponérmela dura dentro de su boca. ¡Relájate, amor! Para cuando entramos en el puente, yo ya había superado mis nervios, y acariciaba su

cabeza mientras subía y bajaba. Me corrí mirando el lego monstruoso, los desfiladeros de metal y vidrio centelleante bajo el sol, del Lower Manhattan. Ella se tragó mi semen, sonrió y me besó en los labios. Reímos como niños tras una gamberrada exitosa.

—¡Estás loca!

—¡Loca por ti, mi escritor! Me pone cachonda que seas tan culto.

—¿Eres sapiosexual?

—Yo diría que una heterosexual a la que no le gustan los gilipollas.

—Culto y guapo, ¿no?

—Tienes un buen lejos, ya lo sabes. Prométeme que algún día pondrás esto en una novela. Que escribirás sobre mí.

—Tranquila, es inevitable. Si te lías con un escritor, seguro que acabas en pelotas y follando en un libro. Y no te gustará.

—¿No? ¿Por qué?

—Para bien o para mal, nadie nos ve como nos vemos a nosotros mismos.

Divagamos sobre si, entonces, sería peor liarse con pintores, brindamos en copas biseladas con unos benjamines de champán tibio y comimos cacahuets salados. Luego me quedé en silencio, observando fascinado los rascacielos.

—Eres un adicto al asombro —me dijo ella.

Sonia. Nos sabíamos imperfectos, pero nos amábamos a la perfección. Muchas veces me pregunté qué te enamoró de mí, qué nos mantuvo juntos desde que nos conocimos en una fiesta de amigos comunes a los que luego, al cambiar la vida y los paisajes, nunca más volvimos a ver. A veces, recordándolos, nos reíamos, les agradecíamos el encuentro y nos preguntábamos sin mucho interés qué habría sido de ellos. Sin duda, tu independencia económica ayudó. Tu rebeldía frente a lo que se esperaba de ti, lo que era socialmente esperable de una mu-

jer como tú, ayudó. La adicción al asombro de los dos, aunque nos asombraran cosas muy distintas casi siempre, ayudó. Lo que quema de las pérdidas es la certeza de que ya nunca seremos quienes fuimos con esa persona. Y mis últimas versiones de mí mismo no me gustan especialmente. Claro que la relación de los abandonados con la nostalgia es siempre dolorosa. La nostalgia amable, la que no corta la carne, es privilegio de los vencedores. Yo carezco de la habilidad que tienen otros para pasar, sin sufrir, del amor al recuerdo cariñoso, o a la aún más sana indiferencia.

Enciendo un pitillo.

Cruzo la Gran Vía, bien iluminada, y pese al calor me parece bonita.

No caen bombas.